

La vieja Biblia

por

Jan Erhardt Jensen

La vieja biblia se encontraba en el desván junto con otras muchas cosas que, por alguna que otra razón, se habían guardado. Ya llevaba allí un buen número de años, pues el espíritu de la época, en el lugar del que hablamos, había cambiado tanto que ya nadie tenía ganas de leerla.

Y mientras los años transcurrían y el polvo amontonado escondía totalmente su existencia, evocaba el momento de su nacimiento muchos años atrás. Había sido creada con el papel más fino del mundo. Un papel limpio, blanco y puro con las múltiples facetas de uso inherentes al papel. Y recordaba cómo cada una de sus hojas había sido escogida cuidadosamente y cómo, más tarde, sus muchas hojas fueron sometidas a gran presión desde todas partes, llenándose sus páginas con letras angulosas por ambas caras. Y luego fue cosida y encuadernada en exquisita piel negra y bordearon su lomo con una impresión en oro. Desde luego, no había duda de que todo, por dentro y por fuera, había sido hecho con miras a la total perfección.

Y, sin embargo, sabía muy bien que todo no era como debería ser. Porque, poco a poco, la biblia había ido viendo que estaba muy poco satisfecha con gran parte del contenido de las letras angulosas y podía sentir claramente que no era correcto en absoluto. Pero ¿cómo

es que se había llegado a tal extremo? Y ¿cuándo se despertaron en la biblia los primeros indicios de duda?

Y entonces recordó su tierna juventud, cuando el impresor mismo la llevó a un librero de prestigio mientras todavía se podía percibir el olor a tinta de imprenta. Allí estaba expuesta, a la vista de todos, entre muchos libros costosos. Y, como era totalmente nueva, fue estudiada muy detenidamente por expertos y fue hojeada por muchos hasta un día en que un joven estudiante de teología entró en la tienda y no vaciló en adquirirla.

Una vez en su casa, el estudiante la estudió tan detalladamente que, al final, podía recitar de memoria gran parte de su contenido. Cuanto más leía, más le entusiasmaba. Sus anotaciones eran abundantes. Pues, ciertamente, él iba a poner todo su empeño en la difusión de la verdadera fe, una fe que lo tenía totalmente fascinado. Su fervor y sus grandes conocimientos sobre el contenido de la biblia le fueron de gran provecho en el examen, en el que obtuvo la máxima calificación. Esta calificación contribuyó a la obtención del puesto de sacerdote que más deseaba; y allí se dirigió acompañado por la biblia, su más preciada posesión. El joven pastor anhelaba la llegada del domingo, pues sin duda era para él el día culminante de la semana, cuando con gesto grave subía al púlpito para dar una interpretación del texto escrito en su querida biblia.

Y la biblia recordaba cómo, mucho después de finalizado el repique de las campanas, era abierta con devoción mientras el pastor posaba su seria mirada en los feligreses antes de empezar a leer e interpretar el

texto del día. Y mientras lo hacía, los feligreses escuchaban con las cabezas inclinadas y sobrecogidos, pues no se atrevían a mirar al joven pastor cuando éste hablaba de la perdición y de todos los suplicios que esperaban a aquellos que no profesaban la verdadera fe.

Y la biblia evocó de nuevo aquel domingo crucial que cambió por completo la vida del pastor y en el que la biblia también comenzó a dudar sobre parte de lo escrito en ella; a partir de entonces ya no encontró sosiego. Y rememoraba cómo el pastor la abrió tal como solía hacerlo y habló a los feligreses sobre todos los no creyentes que iban a ser castigados con la perdición y cómo iban a padecer un sufrimiento eterno.

Y a continuación el pastor cerró la biblia y la biblia podía percibir que estaba contento con su sermón dominical; y después del oficio religioso, com de costumbre, fue el primero en abandonar la iglesia para situarse en la puerta y estrechar la mano de cada uno en señal de despedida.

Pero entonces sucedió que el último hombre de la fila, un parroquiano nuevo, se le acercó y le preguntó si no podía hablar con el pastor: "Porque había algo" -dijo- "en lo que había pensado mucho durante el oficio religioso."

Y explicó con voz baja y afligida que había perdido a su mujer recientemente. "Ella nunca iba a la iglesia", dijo, "porque ella no creía en todo eso que está escrito en la biblia. Hemos compartido una larga vida juntos y ella ha llenado mis días de alegría, algo por lo cual le guardo una infinita gratitud. He pensado mucho en lo que el pastor ha dicho hoy partiendo de las palabras de la

biblia, pero si eso es cierto, entonces yo no quiero ir al Paraiso. Pues si ella va a padecer un sufrimiento eterno, porque no tenía la verdadera fe, entonces yo deseo ir al lugar donde ella se encuentre para poder estar con ella y para ayudarla y aliviarle su sufrimiento y para acompañarla y complacerla en todo lo que yo pueda.”

Y la biblia recordaba cómo el pastor se quedó totalmente mudo, porque no sabía qué contestar. Y a partir de ese día, nada fue como antes; y la biblia notaba claramente la pesadumbre del pastor quien no dejaba de pensar en todas esas personas que eran infelices y temerosas a causa de sus palabras.

Y recordaba las muchas noches en las que él no podía dormir y cómo, una y otra vez, se levantaba y buscaba en la biblia esperando dar con otra interpretación; y recordaba cómo él iba encontrando cada vez más contradicciones que antes se le habían pasado inadvertidas a pesar de su detenido estudio del texto. Y cuando estaba así, inclinado sobre la biblia, no paraba de preguntarse a sí mismo para qué servía en realidad la fe que él había intentado propagar comparada con el amor altruista que este hombre sentía por su difunta esposa.

Y la biblia era testigo de cómo el pastor ponía todo su empeño en intentar encontrar un modo de rectificar lo hecho. Y lo sorprendente era que ahora, conscientemente, excluía los pasajes de la biblia que predicaban castigo y perdición; y que desde entonces nunca condenó, sino que, al contrario, intentó comprender el amor auténtico y verdadero. Ese amor al que el hombre desconocido le abrió los ojos cuando le habló de su esposa. Y poco a poco fue comprendiendo que el amor que Dios muestra a todos sus hijos, de ningún modo puede ser menor que

el que este hombre sentía hacia su esposa. Un amor que él no había encontrado leyendo y estudiando las palabras de la Escritura y que era mucho mayor que la creencia religiosa impuesta por la biblia.

Pero esto no era en absoluto lo único. Porque la biblia, muchas veces desde entonces, había sido testigo de cómo las personas temían la muerte cuando ésta se acercaba y sus temores se debían a lo que la biblia les había relatado sobre la perdición y los severos castigos de Dios. Y había visto cómo muchos, debido a esta imagen aterradora, no se atrevían a entregarse a la muerte con paz en el corazón, sino que aterrorizados oponían resistencia por no saber lo que sería de ellos después de la muerte.

Y la biblia sabía que aunque en muchos pasajes se hablaba del Amor de Dios, también había muchos pasajes que sembraban duda sobre el Amor incondicional de Dios y sobre si este o aquel ser humano se encontraba entre los escogidos que, como las ovejas, serían separados de los cabritos en el día del juicio. Una duda atormentadora y una angustia fomentadas por la lectura de los pasajes que hablaban de que había que temer a Dios, hasta el punto de que ya no se podía saber con quién estaba Dios.

Por desgracia, parece que yo también tengo mis páginas malas, pensaba la biblia entristecida, y esas no las puedo ignorar, pues me afligen terriblemente. Y cuando estos pensamientos la atormentaban, recurría a pensar en las páginas buenas, en esos pasajes que se recreaban en el Amor de Dios y en su perfección. Este

era su único consuelo cada vez que pensaba en las páginas malas que tenía el descaro de afirmar que Dios era el autor de actos negativos dirigidos contra sus hijos imperfectos. Pero por mucho que se pusiese a leer las páginas buenas, no podía dejar de pensar en que también contenía las páginas malas, pues la verdad era que allí estaban. Y entonces le invadía de nuevo una gran desazón, sobre todo al llegar al Apocalipsis con las malévolas condenaciones dirigidas a determinados hijos de Dios. Condenaciones abominables y carentes de amor que no eran de su agrado y con las que de todo corazón deseaba que sus páginas nunca se hubiesen visto mancilladas.

Y la biblia se fue dando cuenta de que la muchas ideas falsas sobre Dios no podían provenir de aquellos espíritus de la Luz que habían intentado guiar a la humanidad, sino que habían surgido de una manera que encontraba eco en las propias ideas de los seres humanos sobre un Dios cuya perfección no eran, ni mucho menos, capaces de concebir.

Oh, si al menos pudiera librarme de todo esto que me atormenta, pensaba la biblia que notaba cómo los gusanos carcomían su interior, tanto las buenas como las malas páginas, pues, contrariamente a la biblia, no eran críticos con respecto al contenido de las mismas.

Y entonces pensó que justamente así había sido para muchas de esas personas que a lo largo de los años habían leído sus páginas. No cabía duda que algunos, al igual que ella, habían encontrado consuelo en las páginas buenas, pero por desgracia había muchos, muchos en verdad, que habían visto la oportunidad de utilizar sus

páginas malas para infundir temor hacia Dios, para así poder manejar a las personas y alcanzar sus propios objetivos y no los de Dios.

Y la biblia, que en su día había sido creada con puro e inmaculado papel, poco a poco iba distinguiendo fácilmente las líneas que eran de la luz de las que eran de las Tinieblas. Pero, quisiera o no, estaba atada a la tinta de imprenta de los seres humanos, algo que ella misma no podía cambiar y que su papel había tenido que soportar. Y con el paso de los años le había invadido una tristeza cada vez mayor al pensar en las palabras impresas que a lo largo del tiempo habían infundido temor e inseguridad en muchas personas ante ese Dios que, en virtud de su infinito Amor sólo deseaba lo mejor para todos sus hijos.

Y en los momentos de mayor tristeza pensaba cómo se hubiese moldeado su vida, si en su papel se hubiera imprimido otro texto. Un texto cuya única intención hubiese sido la de hablar de la perfección de Dios y de Su Amor incondicional hacia todos sus hijos. De la infinita paciencia de Dios y de Su magnífico plan para todos, en el que nadie está perdido, sino que todos algún día llegarán a Su Reino cuando ellos mismos hayan triunfado en la lucha que necesariamente han de librar contra las Tinieblas para así perfeccionar el desarrollo de su personalidad. Y pensaba en lo diferente que hubiese sido para muchos si hubiera sido imprimida con palabras que dejaran bien claro que nadie, absolutamente nadie, tiene motivos para temer a Dios, sino que, al contrario, todos debemos ver a Dios como el afectuoso Padre y

Madre en el que hemos de deponer nuestra confianza absoluta; porque Dios, en su infinita sabiduría, siempre sabe lo que más les conviene a Sus hijos para alcanzar, mediante su propia lucha, la gran meta que Él les ha puesto.

Y cuanto más pensaba la biblia en la perfección de Dios, más se desesperaba al recordar que contenía muchas contradicciones. Contradicciones que, con el paso de los años, podía ver claramente en muchas de sus páginas y de las que ya conocía el número exacto.

Y le extrañaba que muchas personas no hubiesen visto estas contradicciones y que muchos de los que las habían visto no hubieran querido adoptar posición ante ellas, sino que, al contrario, las habían dejado de lado o, lo que era todavía peor, habían intentado a menudo defender con artimañas las falsas afirmaciones que en absoluto eran compatibles con la perfección de Dios.

Sin embargo, en ella se despertaba una diminuta esperanza, pues cuando repasaba en la memoria el tiempo transcurrido desde su remoto nacimiento hasta ahora, podía ver que algo sí había cambiado. Que muchos, a pesar de todo, se habían vuelto más libres en su modo de pensar y que quizá por eso estaba ahora en el desván sin que nadie la leyese. Y con los muchos años de experiencia a sus espaldas, sentía que su tiempo se estaba acabando y que las muchas páginas que contenía podían ser reemplazadas por una sola que dijese: Que el Amor altruista al prójimo es mayor que toda religión. El Amor al prójimo. El Amor desinteresado que sólo desea complacer y hacer el bien a los demás.